

Capítulo I

En aquel tiempo que hoy parece tan lejano, podíamos considerarnos una familia feliz. Humberto y yo, nuestro querido Mario. Vivíamos en una casa propia, céntrica, grande. La habíamos pagado ya, teníamos coche, dos viviendas alquiladas y eso que llaman un colchón financiero donde reposar sin miedo ante las turbulencias económicas que se avecinaban.

Pero nuestro *sólido* mundo de bienestar comenzó a resquebrajarse una tarde cualquiera por culpa de dos *bips* en el móvil de mi hijo y unas palabras en la pantalla:

«No me importa tu edad, en serio.
Follas mejor que muchos hombres con
treinta años más. Hemos empezado algo grande».

El mensaje fue adquiriendo volumen poco a poco, como uno de esos tumores de potencial malignidad. En mis ensueños de mañanas dominicales había imaginado de mil maneras diferentes el momento en que me presentaría a *su chica*. Le había creado un arquetipo de novia. Imposible describirlo sin caer en el tópico: *Guapacongustoparavestirtrabajadora ydeunafamiliacomonosotros*. Y rubia a ser posible. Nada que ver con la que vislumbré al instante: una hija de puta que se niega a envejecer ungida de potingues y maquillaje, embellecida con bronceado, bótox, abundantes rellenos de silicona, exhibiendo llamativas minifaldas y blusas escotadas hasta el ombligo.

Tras el mensaje, llegaron los gritos, los portazos. El incesante «¿me has mirado el móvil!?, ¿mamá, el móvil también!?, ¿también el móvil!», flotando en el salón. Mis respuestas titubeantes: «Sonó...», «estaba ahí encima...», «lo hice por bien...», «habías ido a ducharte...». Y su rostro crispado cuando sale de la habitación, ya con la chaqueta puesta, y yo lo persigo por la casa: «No voy a dejar de insistir por mucho que te duela porque soy tu madre. Una voladura pasajera puede arruinarte la vida si la tomas demasiado en serio. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo está tan convencida de que habéis empezado algo grande...?».

Humberto llegó casi a las diez. Le conté. La discusión con Mario. El mensaje de teléfono. Las palabras que me habían quedado grabadas en la memoria. «Follas». «Edad». «Amor». «Construyendo»...

Se quitó las gafas y se pinzó la nariz con los dedos, algo que hacía muchas veces. Un gesto de impotencia.

—¿No piensas decir nada?

—Tiene diecisiete años. No podemos andar siempre tras él como si aún fuera un niño.

—Ya. ¿Y qué... qué hacemos entonces? Es una mujer mayor, muy mayor, *con la que ha empezado algo grande*. ¿Lo imaginas? Llevo toda la tarde... No he ido a zumba. No he hecho nada. Puede que sea una de esas solteronas que va con unos y con otros, o que esté divorciada. Incluso puede que sea puta, o que su marido le pegue y Mario tenga...

Humberto alzó las palmas de las manos.

—Sara... Hay que tratar esto con cuidado.

Yo conocía muy bien qué significaba «tratar esto con cuidado»: esperar a que el tiempo lo resolviera, no actuar, que-

darnos quietos. Eso significaba. Pensé: «Tenemos que hacer algo», pero no lo dije porque se notaba que Humberto tenía ganas de tumbarse en el sofá, alejarse del problema. Aunque aquel no fuera un problema pueril ni transitorio por mucho que él lo deseara. Se trataba de uno de esos momentos cruciales en los que una decisión errónea destruye las vidas para siempre. Lo supe con certeza entonces. Estábamos a punto de perder a Mario. La voz me lo susurraba en el oído. Una y otra vez: «Lo estás perdiendo. Tanto tiempo criándolo y ahora, así, de un soplo, lo estás perdiendo... Perdiendo. Perdiendo». «Perdiendo...».

Cuántas veces me he acordado después de mi amiga Claudia cuando decía que las desgracias nunca llegan de repente, que son las personas quienes las llaman, poco a poco, con sus injustificados temores diarios.

A la mañana siguiente, después de que se marchara al instituto, aproveché para aventurarme entre sus cosas. Me provocó cierta atracción. Algo parecido a las experiencias que compartíamos Humberto y yo algunas deliciosas tardes de domingo cuando el aburrimiento nos caía encima y ya habíamos paseado, leído, quedado con amigos, o nos habíamos hartado de la televisión. Entonces él planteaba el inicio de una historia en la que siempre había alguien a quien matar por culpa de una infidelidad, un robo, un secuestro... y yo me encargaba de diseñar el crimen perfecto que él iba desmontando después con suficiencia.

El cuarto de Mario semejaba la réplica del caos en diez metros cuadrados. Camisetas, ropa interior, revistas, chaquetas, libros, pulseras, pañuelos, folios, apuntes... amontonados en un revoltijo como si un ciclón hubiera entrado en un mercadillo. Había fotos también. Fotos con amigos. Fotos

antiguas de cuando era más pequeño... Y el ordenador, por supuesto. Me tembló el dedo cuando pulsé el botón del encendido y el aparato se despertó con un lamento grave. En la pantalla apareció un fondo con dos perros negros. Grandes. Desconocía la raza. Tampoco sé mucho de perros. No sé mucho de nada. Dos perros grandes con poco pelo y aspecto asesino. Ambos encima de una cama deshecha. A uno de ellos le caía la baba hasta la sábana.

Imaginé el olor de aquella habitación. ¿La habitación de ella? Nunca he soportado el hedor de los perros, de la piel o el pelo de los perros, ni siquiera el de esas galletas largas que venden en las tiendas de animales. Verlos encima de la cama, con las patatas y la baba cayendo, me resultó una imagen inmundada.

Superpuestos a los perros negros, había al menos una veintena de iconos. Programas y carpetas. Y el símbolo del correo. «Por suerte, los jóvenes actuales dejan rastro», me dije. Encontré varios mensajes en la papelera. Pero solo uno que me interesó. Datado casi tres semanas atrás:

De: Nat

A: Mario. Asunto: nuestro universo.

Cariño, te paso dos artículos. Son muy buenos. Hablan de la magnificencia del universo y de la insignificancia del ser humano. De que solo somos partículas, solo eso, partículas, por muy particulares que nos creamos.

Un beso, peque.

Me provocó cierta repulsión imaginar a aquella Natacha, Natividad, Natalia o lo que fuera rodeada de perros, sufriendo martirizantes ejercicios gimnásticos y utilizando diminutivos para disimular la edad.

En el antepié del escueto correo apareció una información añadida. Así fue cómo conocí la existencia de una asociación llamada Brun Co.

Capítulo II

La Brun Co. se encontraba en la sexta planta de un edificio de los años setenta, no muy lejos del centro histórico. La puerta permanecía entreabierta, llamé con los nudillos y entré a una pequeña sala de recepción con una silla y una mesa. No había nadie. Al lado de una escultura del David de Miguel Ángel, barbudo y superdotado, un cuadro muy grande presidía la pared frontal. Se trataba de una mujer formada por cubos y cuadrados, caminando sobre una infinita cuerda floja extendida en el espacio.

—¡Salgo! —gritaron desde el interior.

Se me aceleró el pulso y fingí mirar el cuadro porque me sentía ridícula, esperando de pie, con las manos entrelazadas y la vista fija en la puerta del pasillo.

Debajo del cuadro, un cartel rectangular indicaba: *La mujer geométrica*. En conjunto me provocaba una familiar sensación de vacío. No tanto de haberlo visto con anterioridad sino de haberlo soñado.

—¿Le gusta? —preguntó una voz a mis espaldas.

Al girarme, encontré a un hombre de unos cuarenta años que olía a jabón. Se había colocado demasiado cerca y me sentí incómoda. Poseía un poso de tristeza en el modo de mirar, aunque sonreía muy bien.

—Lo pinté durante una década en la que solo fui capaz de crear ese tipo de cuadros. Cuadros de geometría, los llamo. De ese mundo que nunca abandona las formas. —Se separó un poco y preguntó—: ¿Le gusta la pintura?

—Sí. Pero... solo soy..., soy una aficionada. Una mala aficionada.

—Por eso ha venido a la academia.

—Por eso. Buscaba a una mujer llamada Nat.

Me observó de arriba abajo.

—Vaya —pareció un poco decepcionado—, Nat.

—Sí.

—No vendrá hasta el martes. ¿Puedo ayudarla yo? Soy Rodri Brun.

—Me temo que no mucho.

—Qué se le va hacer entonces.

Quería continuar hablando con él, seguir indagando, pero no se me ocurrió nada más que:

—Soy Claudia —mentí.

—Claudia. No hay muchas Claudias sueltas por ahí.

—La verdad es que no.

—Pero es bonito.

Sentí que me ruborizaba. Hacía mucho tiempo que no me sucedía. ¿Desde la adolescencia? ¿Qué hacía ruborizándose a mis cincuenta años? Me pareció una petulancia. Pero el mecanismo del sonrojo funcionó con eficacia: pensé que iba a parecer una idiota si me ponía como un tomate y, de inmediato, me subieron los calores. Me avergonzó tanta inconsistencia. Que por un instante hubiera olvidado el motivo por el que me encontraba allí. La inquietud por la que valía la pena suplantar la identidad de otra persona.

—La academia se encuentra —señalé hacia el interior del pasillo...— Quiero decir ¿hay varias clases dentro o...?

Rodri esperó a que terminara la pregunta y como yo no supe continuar se creó un incómodo, aunque breve, silencio. Al fin dijo:

—Dos clases. Una grande y otra más pequeña. —Y tras una pausa, añadió—: Pero pase. No hay problema. Si no tiene prisa, claro.

Comenzó a andar y le seguí. Entramos por un largo pasillo con cuadros en el suelo apoyados en las paredes.

Me fue mostrando las aulas donde abundaban lienzos y caballetes, un almacén oscuro repleto de trastos, el servicio, otra pequeña sala... y un despacho de puertas altas, también blancas con ventanitas de cristal traslúcido.

En el interior, una mesa y dos sillas de confidente. Me ofreció asiento.

—¿Quiere tomar algo? No le puedo ofrecer gran cosa, pero...

—Nada. Bueno... si tiene café, un cortado no estaría mal.

Desapareció al instante y esperé. Quizá solo transcurrieran un par de minutos. Insuficientes sin duda para que se me ocurriera una argumentación de por qué estaba allí. Regresó con el cortado y una botella de agua.

—Le he traído azúcar porque supuse que una mujer como usted no tomará sacarina.

Se me escapó una risa. Una risa impostada y nerviosa.

—¿Por?

—Porque a la vista está que no necesita dietas ni nada por el estilo.

Aunque había pensado pedirle sacarina, abrí el sobre de azúcar y lo volqué entero en la taza. Por un momento me asaltó la insólita imagen de que se acercaba por detrás y comenzaba a acariciarme los hombros.

—¿En qué piensa? —preguntó.

—En... nada.

—Se había quedado... ¡pum!, como en otra parte. —Se sentó en la esquina de la mesa, una pierna apoyada en el suelo, moviendo la otra atrás y adelante. Bebió un trago de agua—. ¿De qué conoce a mi socia?

—Qué.

—A Nat.

—¿Nat es su socia?

Asintió y jugueteé con algo que había sobre la mesa.

—En realidad no la conozco. Me refiero a que no la conozco personalmente. Una amiga me recomendó...

—Qué amiga.

—Claudia —dije, sin reparar en la torpeza.
—¿Otra Claudia?
—Otra, sí.
—¿También tan guapa?
Pensé: «¿De qué va esto?».
—Más. Y soltera. No como yo.
—Lo dice con resentimiento.
—El qué.
—Eso de... «no como yo».
—Ah, no. En absoluto. Estoy felizmente casada.
Dio otro trago de agua y se acabó la botella.
—Me gustan más las casadas que las solteras.
Pensé de nuevo: «Qué es esto».
—Aunque eso nos pasa a todos los que no tenemos pareja.
Del mismo modo que a las casadas les gustan más los solte-
ros. Es una ley física.
—No en mi caso.
—Está al margen de las leyes físicas.
—Es una ley física muy particular.
—Eso podríamos discutirlo.
Sentí que iba a ruborizarme de nuevo. Terminé el café
antes de levantarme.
—Quién sabe. Quizá en otro momento.
—Lo único que deseaba transmitir es que carece de sen-
tido edificar murallas contra la naturaleza humana.
«¿Murallas contra la naturaleza humana?». Regurgité la
frase mientras abandonaba el despacho. Rodri me acom-
pañó hasta la puerta y una vez allí hizo una especie de genu-
flexión histriónica que le quedó muy bien.
—Solo era una... tontería —se excusó.
—No se preocupe. Soy bastante mayorcita para que deter-
minados temas me incomoden.
Abrí la puerta y cuando estaba a punto de salir, me detuvo:
—Si lo desea, podemos repetir el café otro día.

Aguardé con impaciencia a que llegara el martes. Ajena a la rutina de la casa. Mario entrando y saliendo de la habitación, más callado cada vez, ensimismado, respondiendo a mis preguntas con monosílabos. Como si estuviera loca. Humberto que llega tarde del trabajo. Cena rápido viendo la tele. Lee novelas en el sofá. Se acuesta. Se levanta temprano. ¿Qué habría dicho si hubiera sabido que había comenzado a investigar a Mario? ¿Que me había plantado en la Brun Co. y que hablaría con Nat en unos días? Imaginarlo me desasosegaba. Pero seguro que pensaba que *mi obsesión pasajera* estaba remitiendo o algo por el estilo. Porque le podía más el deseo que la realidad.

Así funcionaba él.

El martes siguiente, de camino a la Brun Co. sentí una especie de liberación. Esa seguridad que otorga el saber que se sigue el camino correcto a pesar de que el mundo opine lo contrario.

Rodri no me sorprendió esta vez por la espalda. Nos tuteamos.

—Nat está al caer. Me ha llamado y en diez minutos llega. ¿Te apetece otro cortado con mucho azúcar?

Asentí y recorrimos el mismo camino hasta el despacho. Después desapareció y regresó al momento con el vaso, el azúcar, un palito para remover y una botella de agua. Lo dejó todo sobre la mesa.

—¿No te vas a sentar?

Había cambiado la indefinible camiseta roja de la primera vez por una camisa blanca a juego con el pantalón. Leaña-

día cierta elegancia. El rostro anguloso. Lobuno. La nariz grande. La boca grande. Las orejas grandes. Las manos grandes.

Me senté en la silla y él se quedó de nuevo enfrente, apoyado en la mesa. Bebió sin dejar de mirarme.

—¿Qué te contó tu amiga Claudia de nosotros?

Tardé un instante en responder.

—Me habló de las clases.

—¿Ha estudiado en la academia?

—Ella directamente no. El hijo de una amiga suya. Y, no te lo tomes a mal, pero le habló maravillas de Nat. Igual solo le dio clases ella, ¿es posible?

—Es posible. O quizá me tuvo de profesor, pero solo le causó sensación Nat. Suele pasar.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es una obviedad.

—¿Causa mucha sensación entre sus alumnos?

—Más que yo.

—¿Es guapa?

—Ahora la verás.

—¿Casada, soltera...?

Nada más realizar la pregunta me di cuenta de la torpeza. Rodri frunció el ceño.

—¿Para qué hablar tanto de Nat?

Casi sin dejarle terminar la pregunta dije:

—Seguro que tú también tienes mucho éxito con las niñas que vienen a la academia. Porque cuál es la edad de los alumnos, son jóvenes, ¿no? Son todos...

—A mí no me gustan las niñas. Me gustan las mujeres.

Pensé: «Ahora el sonrojo no, por favor, Sara». Pero no pude evitarlo. Intenté parecer tranquila pese a todo.

De nuevo me escudriñó de arriba abajo. Me dio miedo que de un momento a otro dijera algo así como: «Cuéntame la verdad, qué haces aquí, qué buscas». Eso parecía. Y la primera estupidez que se me ocurrió decir en medio de aquella confusión fue:

—Yo creo que hay una gran diferencia entre amor y sexo. Se rio. Y de nuevo me puse muy roja.

—Qué te hace tanta gracia —le pregunté.

—Tu prepotencia.

—¿Mi... prepotencia?

—Sí. Tu prepotencia para sentenciar con tanta propiedad. Para alguien como tú es fácil.

—¿Cómo yo? ¿Cómo soy yo?

—Venga, Claudia. Sabes de sobra el terremoto que eres capaz de provocar en un hombre.

¿Me estaba tomando el pelo? ¿El terremoto que era capaz de...? En ese instante tintineó la campanilla de la calle y enseguida apareció en la puerta una mujer con falda y chaquetilla. Elegante a la vez que informal. Nada que ver con la imagen que me había formado los días siguientes a recibir la nota. Sin bótox, silicona, escotes, minifaldas ni bronceados artificiales. Era cierto que resultaría notoria la diferencia de edad cuando Mario y ella estuvieran juntos. Quizá pareciera su hermana mayor, pero no una madre. Una hermana atractiva, delgada y alta, tan alta como Mario. De unos treinta y tantos bien llevados.

Nos observamos recíprocamente. En mi cabeza resonaba la última frase de Rodri: «Sabes de sobra el terremoto que eres capaz de provocar en un hombre». Me otorgó cierta seguridad durante el discreto escrutinio.

Me recliné un poco hacia delante en una especie de saludo que resultó casi una pequeña reverencia de la que me avergoncé al instante.

—Nat, es Claudia. Un alumno le ha hablado muy bien de tus clases.

—Quién.

—Pues no sé el nombre —respondí—. Me, me lo dijo otra amiga. Era el hijo de una amiga de mi amiga. Esas cosas... Y he venido porque me gustaría apuntarme.

—¿Conmigo o con Rodri? —Tenía un timbre de voz melodioso y afable.

—Creo que contigo.

—Muy bien. Pues mis clases son los martes o los miércoles por la tarde. Los jueves y los viernes las da Rodri. No tenemos matrícula, así que no es necesario que formalice nada.

Me trataba de usted. Más que un signo de respeto, me pareció una deprimente prueba de superioridad.

—Pero no tengo ni idea de pintar. No pasa nada que no tenga ni idea de pintar, ¿no?

—Pues que aprenderá más —respondió Nat, sonriente. Le pedí por favor que me tuteara y preguntó—: ¿Y qué tipo de pintura te interesa?

—No lo sé. La amiga de mi amiga, ya sabes, la que me recomendó que viniera, me dijo que... hablara contigo. En persona. Para que me orientaras. Y por eso estoy aquí.

—Guíate por lo que te gusta. Ese es el mejor consejo.

—Sin duda —corroboró Rodri.

—No sé lo que me apetece, la verdad. Lo que me da más miedo es que hay mucha gente joven.

—Está obsesionada con la juventud —dijo Rodri a Nat, riéndose.

—Y quién no —respondió ella.

Nos quedamos los tres mirándonos, en uno de esos breves instantes que se dilatan en el recuerdo.

Sentí una especie de vahído, como si me fuera a lanzar de un precipicio, antes de decir:

—Es imposible que no te acuerdes del hijo de esta mujer. Un chico callado. Moreno. Flaquito y guapo.

Nat se encogió de hombros.

—Pero ¿cuánto hace que vino? Llevamos siete años aquí, imagina si han pasado alumnos en ese tiempo.

—No mucho.

—¿No será Mario? —dijo Rodri—. Moreno, callado...

—Mario —corroboró Nat—. Mario puede ser. Pero todavía está con nosotros. Conmigo. En pintura. Los martes y los miércoles por la tarde. ¿Quieres que le pregunte?

—¡No! —Tras el primer impulso intenté mostrarme más serena—. No hace falta. Además, quizá no sea él.

—Hay tantos...

—Bueno. No importa. Ya cuando venga... Como aún me tengo que decidir...

Prosiguió uno de esos breves silencios que presagian el fin de una conversación. Ofrecí la mano como despedida y Nat la estrechó con poca energía.

—Encantada.

—Seguimos hablando —dije, y me dirigí hacia la salida. Rodri me acompañó hasta la puerta de la Brun Co. Me miró antes de que me marchara.

—¿Te apuntarás?

Recuerdo que me temblaban las piernas mientras descendía por las escaleras, incluso mucho después, de regreso por el viejo cauce seco. No comprendía muy bien lo que había sucedido. No del todo. Había ido a la Brun Co. con una idea preconcebida y había encontrado a una mujer amable, hermosa, no tan mayor y, en apariencia, bastante cabal. Eso me tranquilizaba. Mucho. No tanto Rodri hablando de temas intrascendentes mientras ponía en marcha una sofisticada orfebrería de seducción.

A medida que me acercaba a casa, sentía un desasosiego creciente. Sin premeditarlo, tardé más de hora y media en llegar y, frente a la puerta, imaginé que en vez de encontrar a mi marido leyendo novelas policíacas con tanta bonhomía y tanto cariño rodeándolo como un aura bendita, me esperaba Rodri, pintando uno de esos cuadros de cuerpos geométricos.

Pero el mundo de la realidad apareció cuando abrí y tropecé con Humberto en primer plano.

—Estaba un poco preocupado.

—He ido a dar una vuelta.

—Son las cuatro y veinte.

—Lo sé.

—Siguen atormentándote esas ideas.

La voz de Rodri aún sonaba dentro de mí. Insistía: «¿Te apuntarás?». «Prepotencia». «El terremoto que eres capaz de provocar».

—¿Sara?

—Qué.

—Te decía que siguen atormentándote esas ideas.

—Qué ideas.

Se acercó un poco y susurró.

—Lo de Mario. Es todo por lo de Mario.

—No sé.

—Yo creo que está bien.

Se acercó. Lo último que deseaba era que me abrazara con ese amor manso de tantos años en común.

—Oh, Sara. De verdad. Tienes que evitar que los pensamientos negativos...

Me separé de él. Inspiré profundamente.

—Qué pasa.

—Nada. Necesito... estar un poco sola. Solo eso.

—Si vas a estar sola dándole vueltas, no ganaremos nada.

—No quiero ganar ni perder. Quiero estar sola. Un rato. Es lo que me apetece.

El tiempo entero de una vida se me echó encima de golpe. El consumido y el pendiente de consumir. En pocos años me convertiría en invisible. Pasaría desapercibida a los ojos de los hombres. La antesala de la muerte. ¿No era eso lo que

sentía ya, incluso me había resignado por impotencia, amparada en mis obligaciones maternas?

¿Me encontraba así por Mario? Entonces estuve segura de que no. ¿Por cuatro insinuaciones de aquel pintor de cuerpos geométricos? Tampoco, ni mucho menos. De haber estado mentalmente fuerte me habría parecido solo un fantoche; pero no me encontraba bien. No me encontraba bien por mucho que hubiera intentado negarlo durante años. Nada me satisfacía. Empezaba actividades que muy pronto abandonaba. Estaba harta de gimnasios, clubs de lectura, tertulias de cine, reuniones de antiguas alumnas, de la piscina... Necesitaba otros estímulos. Distintos. Era eso lo que estaba reclamando el subconsciente. Estímulos de verdad para abandonar el odioso equilibrio que suponía un desequilibrio en sí.

Pasaron las horas. Humberto llamó y no respondí. Más tarde abrió un poco la puerta y entró luz del pasillo. Dijo:

—¿Quieres que demos una vuelta para despejarnos un poco? Llevamos mucho tiempo aquí metidos.

Tenía prisa porque me recuperara. Y «aquellas vueltas» suponían su torpe medio de retornarme a la felicidad.

—...

—¿Quieres?

—...

—Verás como te encuentras mucho mejor. ¿Nos acompañas, Mario?

Escuché a mi hijo responder que sí desde el comedor, sin demasiada convicción.

Y Humberto insistió:

—¿Vale?

Salimos poco después. Dispuestos a querernos aún más. Mucho más. Hasta las cimas del cariño en aquella familia inmensamente dichosa.